

Mi Rayuela

Sandra Lorenzano

*para Mariana por compartir mi amor por Cortázar
para Patricia Vaca Narvaja
por haber construido un puente entre acá y allá*

para Yiyí y su París

Es cierto: quise ser la Maga. También quise ser Talita y Oliveira. Quise ser Traveler. Y el bebé Rocamadour (te quiero tanto, Rocamadour, bebé Rocamadour, dientito de ajo, te quiero tanto, nariz de azúcar, arbolito, caballito de juguete...). Quise ser Julio Cortázar y enamorarme en París de las palabras, y de las mujeres, y de las calles, y del jazz.

Quise atravesar en un tablón entre el lado de acá y el lado de allá, porque no hay nada más importante que un paquete de yerba con sabor a patria y a distancia.

Quise tocar tu boca, con un dedo tocar tu boca. Quise amalar tu noema y caer contigo en hidromurias. Quise

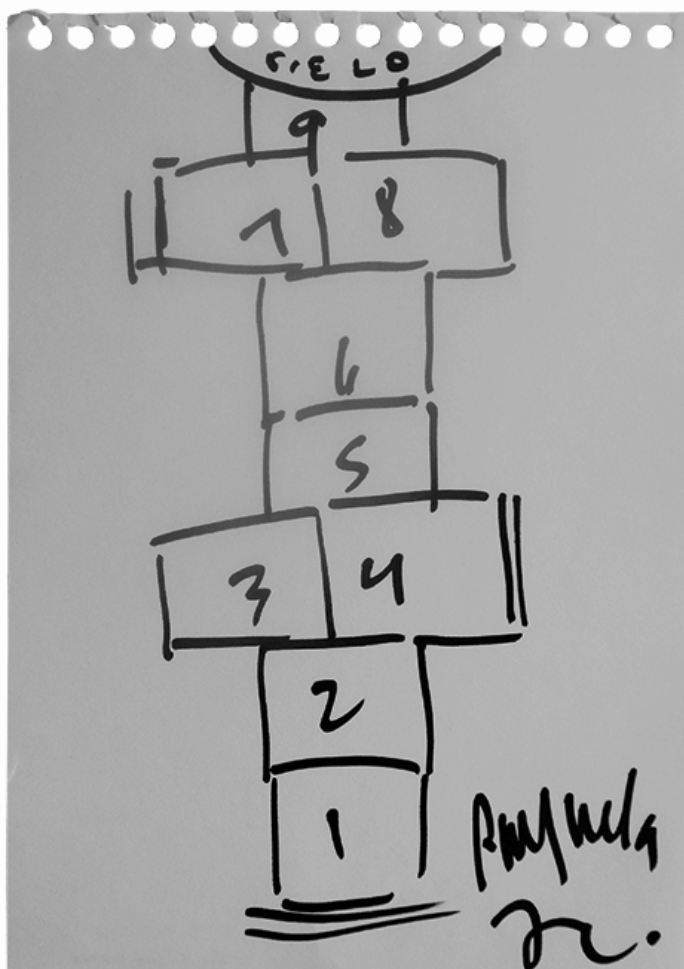
aprender a amarte en glíglico. Y en castellano. Y en el lunfardo entrañable de “un país que está de olvido siempre gris”.

Quise ser miembro del Club de la Serpiente y pasar las noches entre el sax arrullador de Charlie Parker y el teclado mágico “de un tal Oscar Peterson, un tal pianista con algo de tigre y felpa, un tal pianista triste y gordo, un tipo al piano y la lluvia sobre la claraboya, en fin, literatura”.

Quise dejar que el azar me llevara de la Rue Varennes a Rosario, del Pont des Arts a Chivilcoy. Pero el amor, esa palabra...

Quise llegar al cielo que dibujamos en la vereda. Quise regalarte mi pedazo de tiza y sus secretos.

Quise dejar una piedra en la tumba de Montparnasse y llorar ahí toda la vida.



Francisco Castro Leñero